

TEMA 7 [H]

LA CULTURA COMO LOGRO DE UNA SEXUALIDAD “NO CONSUMIDA”

Adolfo Chércoles Medina SJ

A. Visión de Freud:

III. La cultura como logro de una sexualidad ‘no consumida’.

[a]- La cultura ¿es una culminación o una rémora? [66-68]

La cultura como logro de nuestra sexualidad ¿en pugna con el ‘amor’?

Un problema ineludible a estas alturas es la supuesta pugna entre cultura y amor, pugna que sería trágica, pues ¿a más cultura menos amor? ¿Podemos determinar distintos tipos de cultura y distintos conceptos de amor? En realidad esta problemática aparece en **Freud** en su obra más ‘ensayística’ (diría yo), en el sentido estrictamente periodístico, como es **El malestar en la cultura**. Qué duda cabe que en ella se hace eco de una constatación sociológica (el ‘malestar de la calle’, podríamos decir), sin preguntarse desde qué perspectiva se expresa ese malestar. Afirmaciones que encontramos en este libro entran en conflicto con otras que aparecen a lo largo de su obra y hemos recogido en nuestra búsqueda.

Más aún, dentro de la misma obra encontramos tensiones de este tipo: frente a la afirmación de que *una de las principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo. Cuanto más íntimos sean los vínculos entre los miembros de la familia, tanto mayor será muchas veces su inclinación a aislarse de los demás, tanto más difícil les resultará ingresar en las esferas sociales más vastas. El modo de vida en común filogenéticamente más antiguo, el único que existe en la infancia, se resiste a ser sustituido por el cultural, de origen más reciente.*

Y aún más, en esta pugna entre ‘familia’ y ‘cultura’, destaca el papel de la mujer como una rémora para la tarea cultural: *La siguiente discordia es causada por las mujeres, que no tardan en oponerse a la corriente cultural, ejerciendo su influencia dilatoria y conservadora. Sin embargo, son estas mismas mujeres las que originalmente establecieron el fundamento de la cultura con las exigencias de su amor. Las mujeres representan los intereses de la familia y de la vida sexual; la obra cultural, en cambio, se convierte cada vez más en tarea masculina, imponiendo a los hombres dificultades crecientes y obligándoles a sublimar sus instintos, sublimación para la que las mujeres están escasamente dotadas. Dado que el hombre no dispone de energía psíquica en cantidades ilimitadas, se ve obligado a cumplir sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido. La parte que consume para fines culturales la sustrae, sobre todo, a la mujer y a la vida sexual; la constante convivencia con otros hombres y su dependencia de las relaciones con éstos, aun llegan a sustraerlo a sus deberes de esposo y padre. La mujer, viéndose así relegada a segundo término por las exigencias de la cultura, adopta frente a ésta una actitud hostil. Y termina este párrafo con la confesión siguiente: La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como instrumento de*

reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido.¹

Frente a la pretensión de la cultura de generar ‘grandes unidades’, está la familia no dispuesta a ‘renunciar al individuo’. En esta descripción llega a identificar la labor cultural con el hombre, y la mujer como opositora, afirmando sin más que ésta no tiene la capacidad de sublimación que posee el hombre, terminando con una frase que en cierto sentido uno ha oído alguna vez en boca de alguna mujer (¡y con razón!): *La parte que consume para fines culturales la sustrae, sobre todo, a la mujer y a la vida sexual*. Hasta aquí su razonamiento no es ajeno a lo que está describiendo. Lo que resulta más paradójico es la acusación que hace a la ‘cultura actual’ de no tolerar más que la familia tradicional (indisoluble), siendo esto una rémora para llegar a “admitir la sexualidad como fuente de placer en sí”.

Esta última frase no sé cómo encajarla en todo lo que llevamos visto de su obra. En efecto, seis páginas después se pregunta [cita que ya dimos en el **Tema tercero**]: *Si también se aboliera este privilegio, decretando la completa libertad de la vida sexual, suprimiendo, pues, la familia, célula germinal de la cultura, entonces, es verdad, sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta; pero cualesquiera que ellos fueren, podemos aceptar que las inagotables tendencias intrínsecas de la naturaleza humana tampoco dejarían de seguirlos.*²

¿En qué quedamos? La ‘*completa libertad sexual*’ que supondría el ‘*admitir la sexualidad como fuente de placer en sí*’ ¿no podríamos considerarla como el logro deseado en esta pugna entre ‘cultura’ y ‘amor’? ¿A qué viene decir ahora que esto llevaría a ‘*suprimir la familia, célula germinal de la cultura*’? Más aún, ese final indeterminado (“*sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta [la cultura]*”), ¿es un logro o una tragedia?

Conviene que recordemos observaciones que años antes ya planteaban estos interrogantes. Es muy antigua, y ya hemos aludido a ella, su queja de que la sociedad ha impuesto una meta que ha llevado a lo que él denominará ‘hipocresía cultural’. Veamos cómo nos formula este interrogante en su trabajo **Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte** (1915): *El sujeto así forzado a reaccionar permanentemente en el sentido de preceptos que no son manifestación de sus tendencias instintivas vive, psicológicamente hablando, muy por encima de sus medios y puede ser calificado, objetivamente, de hipócrita, se dé o no clara cuenta de esta diferencia, y es innegable que nuestra civilización actual favorece con extraordinaria amplitud este género de hipocresía. Podemos arriesgar la afirmación de que se basa en ella y tendría que someterse a hondas transformaciones si los hombres resolvieran vivir con arreglo a la verdad psicológica. Es importante caer en la cuenta de la raíz de esta ‘hipocresía’: los ‘preceptos’ que se le imponen están ‘por encima de sus medios’. Ahora bien, a renglón seguido tiene que admitir que puede plantearse la cuestión de si una cierta medida de hipocresía cultural no ha de ser indispensable para la conservación de la cultura, puesto que la capacidad de cultura de los hombres del presente no bastaría quizá para llenar tal función, para terminar planteándose que la conservación de la civilización sobre tan equívoco fundamento ofrece la perspectiva de iniciar, con cada nueva generación, una más amplia transformación de los instintos, como substrato de una civilización mejor.*__ [66-68]

¹ **El malestar en la cultura** (1929) pp 3041-2

² **Ibid.** p 3047

Es decir, el problema está en que consigamos que la cultura, que ha de surgir de unos 'instintos' 'transformados', posibilite dicha transformación, pues su libre expansión no generaría cultura alguna. Es pues una simpleza decir sin más que puesto que la cultura 'se basa' en la 'hipocresía', *tendría que someterse a hondas transformaciones si los hombres resolvieran vivir con arreglo a la **verdad psicológica***. ¿Qué quiere decir 'verdad psicológica'? Si como veremos después no es un 'logro' para el hombre llegar a ser 'hormiga', ni 'existe el logro cultural perfecto', en vez de demonizar una cultura basada en la hipocresía, alentar a la tarea siempre nueva de la necesaria 'transformación' de nuestros instintos, que si cada uno no la lleva a cabo, nadie puede hacerlo por él. ¿No es esta la tarea del Psicoanálisis?

[b]- El amor como valor civilizador, contrapuesto al egoísmo
[25] (Ya visto en el Tema cuarto)

Después de los interrogantes que nos planteábamos en el epígrafe anterior, podemos encontrar una respuesta en su convicción de que el desarrollo de la Humanidad va a depender del amor. En efecto, en **Psicología de las masas y análisis del yo** (1920-1) comenta lo siguiente: *el egoísmo no encuentra un límite más que en el amor a otros*, y no basta la comunidad de intereses. Por tanto, *en el desarrollo de la humanidad, como en el del individuo, es el amor lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinando el paso del egoísmo al altruísmo*.³

Aquí la terminología cambia apareciendo la contraposición amor-egoísmo, y da por supuesto que en esta disyuntiva nos jugamos el verdadero 'desarrollo'. El 'amor', pues, es considerado como el "principal factor civilizador", y dicha civilización parece surgir del "altruismo". Ahora bien, el altruismo no se impone, ha de llevarse a cabo una 'transformación' de los propios instintos, que en principio son 'autoerógenos'. [25]

[c]- Nunca será logro para el hombre llegar a ser 'hormiga'
[50-51]

Ahora el hombre convertido en un 'dios con prótesis', tampoco es feliz.

En efecto, la añoranza de tiempos de mayor 'inocencia' (añoranzas que periódicamente se hacen hueco en nuestras expectativas) no tiene sentido, y la razón está en que hay que reconocer que todos los bienes de los que hoy podemos disfrutar son *conquistas de la cultura*. *Desde hace mucho tiempo [el hombre] se había forjado un ideal de omnipotencia y omnisapiencia que encarnó en sus dioses, atribuyéndoles cuanto parecía inaccesible a sus deseos o le estaba vedado, de modo que bien podemos considerar a estos dioses como ideales de la cultura. Ahora que se encuentra muy cerca de alcanzar este ideal casi ha llegado a convertirse él mismo en un dios... El hombre ha llegado a ser por así decirlo, un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos; pero éstos no crecen de su cuerpo y a veces aun le procuran muchos sinsabores*. De nuevo la ambigüedad de todo logro cultural. Pero lo más importante: *Por otra parte, tiene derecho a consolarse con la reflexión de que este desarrollo no se detendrá precisamente en el año de gracia de 1930. Tiempos futuros traerán nuevos y quizá inconcebibles progresos en este terreno de la cultura, exaltando aún más la deificación del hombre. Pero no olvidemos, en interés de nuestro*

³ **Psicología de las masas y análisis del yo (1920-1)** p 2583-4

*estudio, que tampoco el hombre de hoy se siente feliz en su semejanza con Dios.*⁴ ¡Pero tampoco el de 2011! Este progreso ilimitado no acaba de dar respuesta a un ser humano insaciable...

Nunca el logro del hombre será llegar a ser ‘hormiga’.

*Y es que al parecer, no existe medio de persuasión alguno que permita inducir al hombre a que transforme su naturaleza en la de una hormiga; seguramente jamás dejará de defender su pretensión de libertad individual contra la voluntad de la masa. Buena parte de las luchas en el seno de la Humanidad giran alrededor del fin único de hallar un equilibrio adecuado (es decir, que dé felicidad a todos) entre estas reivindicaciones individuales y las colectivas, culturales; uno de los problemas del destino humano es el de si este equilibrio puede ser alcanzado en determinada cultura o si el conflicto en sí es inconciliable.*⁵

Es la tentación de todo utopismo: no hay posibilidad de encontrar la estructura que ‘asegure’ la respuesta adecuada de cada persona sin cargarnos su libertad. **Freud**, que no es muy optimista respecto a ésta, lo formula con bastante modestia: *su pretensión de libertad individual*. Pero es lo suficientemente honesto para reconocerla como ‘pretensión’, aunque él en muchos momentos ponga en duda su realidad.

El ser humano, parece estar condenado a un ‘equilibrio’ que siempre será inestable. Su no programación (¡su libertad!) lo aboca a una búsqueda llamada a ser responsable, aunque puede no pasar de caprichosa. Todos quieren acertar en esta búsqueda, pero pueden equivocarse. Esta incertidumbre parece acompañarlo en cualquiera de sus procesos. No podía ser menos en el caso de la sexualidad. Todos deseamos que el comportamiento humano sea responsable y acertado. Pero esto pasa por una decisión arriesgada. Este es el reto permanente del ser humano en todo, y nada podrá ahorrárselo. En la sexualidad, que es el tema que nos ocupa, los animales lo tienen resuelto con una programación instintual (época de celo) que reduce su alcance a la conservación de la especie. Pero no olvidemos, que es la ‘no periodicidad’ de la sexualidad humana y su ‘plasticidad’ las que, según **Freud** hacen posible la misma cultura y progreso del hombre, pero, en cuanto proceso, cargado de búsquedas, aciertos, fracasos, avances, retrocesos...

Es interesante, por otro lado, caer en la cuenta que cuando abordamos esta problemática desde la perspectiva de la libertad no tiene por qué salir en primer plano el resultado ‘feliz’. Ni la responsabilidad ni el acierto tienen por qué ir acompañados de experiencias gratificantes, aunque eso no quiere decir que la pretensión de felicidad desaparezca del horizonte. El problema es averiguar qué contenido tiene en cada caso. [50-51]

[d]- No existe un logro cultural perfecto [51-52]

Pero la gran tensión o incompatibilidad es entre la pretensión de felicidad y la cultura. Y es que no podemos soñar con alcanzar un logro cultural de tal perfección que evite la desazón que el ser humano siempre encuentra de cara a su búsqueda de la felicidad: *Cabe esperar que poco a poco lograremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan*

⁴ **El malestar en la cultura (1929)** p 3034

⁵ **El malestar en la cultura (1929)** p 3037

*mejor nuestras necesidades y que escapen a aquellas críticas. Pero quizá convenga que nos familiaricemos también con la idea de que existen dificultades inherentes a la esencia misma de la cultura e inaccesibles a cualquier intento de reforma.*⁶ Pero la gran pregunta que nunca me cansaré de formular, ¿se reduce el ser humano a un conjunto de ‘necesidades’? ¿O a un logro puramente individual?

Freud, al final de su obra **El malestar en la cultura**, se pregunta una vez más si ante los logros que han alcanzado organizaciones animales, no podríamos soñar con conseguir algo parecido para el ser humano, pero confiesa con la honestidad que le caracteriza ante la realidad, que *según nos dicen nuestros sentimientos, no podríamos ser felices en ninguno de esos estados animales, ni en cualquiera de las funciones que allí se confieren al individuo.*⁷ ¡No podemos soñar en llegar a ser como hormigas!

Pero preguntémonos una vez más de la mano de Freud, en qué consistiría la normalidad de nuestra sexualidad. Y a esta altura de nuestra reflexión habría que preguntarse si es válido el binomio ‘hombre-felicidad’: las dificultades que la ‘cultura’ ha generado al ser humano es desde la expectativa de su ‘felicidad’. ¿No sería más válido el binomio ‘hombre-inteligencia desde la libertad’. En efecto, la inteligencia no es instinto, tiene que buscar en libertad, y no tiene como horizonte (en sentido estricto) la felicidad, sino que lo que denominamos ‘acertado’, no es precisamente el ‘capricho’, sino logros como la verdad, la justicia, el bien común, cosas complejas e improgramables [¡hay que buscarlas]. [51-52]

[e]- El ‘dominio’ alcanzado por la cultura no se incorpora automáticamente [10]

En esta confrontación con la realidad de la que surgirá la cultura, no hay que olvidar que el dominio alcanzado no se incorpora sin más al individuo en su desarrollo, sino que *cada individuo tiene que repetir personalmente en su camino, desde la infancia a la madurez, esta evolución de la Humanidad hasta la resignación razonable.*⁸ [La misma idea la encontraremos en Benedicto XVI] Por tanto, esta tarea nunca debe darse por resuelta de antemano, y el reto de la madurez parece depender del logro más o menos exitoso en cada persona. Pues en el caso de la sexualidad, de cuya complejidad hemos tratado a lo largo de nuestra búsqueda, será especialmente delicado, y por supuesto, es sumamente importante que su evolución sea válida, pues se trata de una energía tan totalizante y de la que va a depender nuestra aportación a la cultura.

[f]- ¿Iniciar una más amplia transformación de los instintos como substrato de una civilización mejor? [66-68]

Es decir, el planteamiento del problema no es optar sin más o por instintos o por civilización, sino que vayamos encontrando la necesaria “transformación de los instintos” para posibilitar “una civilización mejor”. No podemos vivir sin ‘civilización’, pero tenemos que encauzar nuestras “tendencias instintivas, psicológicamente hablando” de tal forma que no terminen en frustración [**represión**] sino expresándose a través de una ‘transformación’. ¿No

⁶ **El malestar en la cultura (1929)** p 3048-9

⁷ **El malestar en la cultura (1929)** p 3053

⁸ **Esquema del psicoanálisis (1923)** p 2740

es el momento de remitirse a la posibilidad de la **sublimación**? [66-68]

B. Experiencias-vivencias de logros y retrocesos culturales:

III. La cultura como logro de una sexualidad ‘no consumida’.

En efecto, en el enunciado de este apartado aparece lo que queremos desarrollar: el logro de una sexualidad no consumida (sublimada) es nada menos que la cultura, sin la cual, un ser humano libre (no programado por un instinto) se habría perdido en un hartazgo sin horizonte ni futuro y no habría progresado en absoluto.

Y aquí tan sólo quiero repetir una cita que ya aportamos, en la que **Bruckner** nos enfrenta con una ‘felicidad’ que es ‘paradójica’, y comenta:

*- Es propio de la libertad llevar la existencia a un lugar distinto al esperado, desbaratar los códigos biológicos y sociológicos. La excitación de no saber de qué va a componerse el día de mañana, la incertidumbre de lo que nos espera, son superiores en sí mismas a la regularidad de un placer grabado en nuestras células.*⁹

En efecto, el mero ‘placer grabado en nuestra células’, nos cierra todo horizonte, toda búsqueda, toda esperanza, toda sorpresa. El ser humano no soporta ningún código, ni el del placer, y sin embargo está llamado a convivir, y esa convivencia necesita códigos que tendrá que ir concretando de cara a una realización más plena que nunca cierre el horizonte, pero que no lo destruya o frustre. El resultado de esta tarea se concreta, en gran parte, en la cultura, pero esta cultura ¿es un logro o nos coarta? Esto nos lleva al primer epígrafe de este apartado:

[a]- La cultura ¿es una culminación o una rémora? (65-66)

Ya aludimos que **El malestar en la cultura**, posiblemente sea la obra de Freud más ‘periodística’ en el sentido de reportaje. En ella recoge, más bien, el ‘malestar de la calle’, no tanto el serio análisis de los datos que la realidad nos proporciona. ¿Debe decidir el malestar, o el reto de la convivencia?

Para responder a la pregunta que plantea este primer epígrafe, puede ayudarnos alguna cita de **Ortega y Gasset**:

*- ¡Trámites, normas, cortesía, usos intermediarios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización, que, a través de la idea de civis, el ciudadano, descubre su propio origen. Se trata con todo ello de hacer posible la ciudad, la comunidad, la convivencia... Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás. La barbarie es tendencia a la disociación...*¹⁰

Aquí Ortega usa la palabra ‘civilización’ que apunta a la ‘convivencia’, pero ¿no apunta a lo mismo la cultura? ¿No está planteando el mismo problema que Freud cuando éste aludía a la necesidad de pasar del ‘principio del placer’ al ‘principio de realidad? ¡Sin voluntad de convivencia no hay posibilidad de bienestar! En definitiva la gran disyuntiva es individuo-comunidad, que está llamada a no ser disyuntiva: el individuo no puede salir adelante sin la comunidad, como ésta no es tal sin la suma de las distintas individualidades

⁹ P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, pp. 147-148

¹⁰ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, p 128

dispuestas a convivir. Esta interacción es la que plantea la cultura (civilización).

Pero no me resisto a traer una reflexión de **Ortega** a propósito del ‘hombre-masa’, ser hermético en cuanto ‘sujeto de derechos’, sin necesidad de responder a nada ni nadie, sino seguro en su individualidad, exigiendo unos derechos con los que se ha encontrado. Pero este individualismo (hermetismo) es posible en todos los dominios (política, arte, ciencia, religión) gracias a un nuevo personaje: el ‘especialista’. Veamos su argumentación:

- (Cfr. comportamiento del especialista) *La advertencia no es vaga. Quienquiera puede observar la estupidez con que piensan, juzgan y actúan hoy en política, en arte, en religión y en los problemas generales de la vida y el mundo de los “hombres de ciencia”, y claro es, tras ellos, médicos, ingenieros, financieros, profesores, etcétera. Esa condición de “no escuchar”, de no someterse a instancias superiores que reiteradamente he presentado como característica del hombre-masa, llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente cualificados. Ellos simbolizan, y en gran parte constituyen, el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa inmediata de la desmoralización europea.*

Por otra parte, significan el más claro y preciso ejemplo de cómo la civilización del último siglo, abandonada a su propia inclinación, ha producido este rebrote de primitivismo y barbarie.¹¹

¿Qué tiene que ver esta cita con lo que nos ocupa? El epígrafe nos planteaba la pregunta de si la cultura es una culminación o una rémora. El motivo de la pregunta nos lo planteaba el mismo Freud en **El malestar en la cultura**. ¿La cultura no habrá sido un factor meramente coercitivo de la energía más creativa y potenciadora, la *libido*? Es decir, si la libido es expansión y vitalidad, la cultura supondría encauzamiento y, en algunos casos, sujeción...

Cuando aludimos al interrogante de Freud teníamos que admitir que, más bien, estaba recogiendo quejas del hombre de la calle, y no analizando rigurosamente un impulso (por naturaleza ‘plástico’) que no está estructurado por ningún ciclo instintual y al que cada persona tendrá que dar respuesta. Por otro lado, si su plasticidad ha posibilitado la cultura, sin la cual no podríamos convivir, nunca tendrá sentido considerar a ésta (la cultura) como rémora, sino todo lo contrario, como la historia de cada pueblo hecha ‘hogar’ para recibir al que llega, y dispuesta a incorporar todo aquello que lo haga más habitable. Pero la cultura no la hace cada individuo sino se encuentra con ella, no para someterse sin más sino para dar la versión personal de su vivencia. En este sentido decimos que la cultura no podemos considerarla como rémora, sino como una culminación en la que tengo que tomar parte responsablemente.

Pero pasemos a la cita. Ortega definía al ‘hombre-masa’ como el ‘niño mimado’, aquel que no ha sufrido el más mínimo contratiempo, antes al contrario ha tenido todos los caprichos, que está convencido de que se basta a sí mismo y, por tanto, no tiene que escuchar a nadie y todo lo puede exigir. Pues bien, en este contexto surge el ‘especialista’. En realidad su existencia tiene razón de ser: en una realidad tan compleja y plural, en la que plantearse abarcarlo todo es imposible, se impone acotar la zona que uno quiere abarcar. Hasta aquí todo es correcto. El problema se presenta cuando no sólo aceptamos tener que limitar nuestra dedicación para poder alcanzar en profundidad el conocimiento de los distintos campos, sino que una vez que determinamos nuestra ‘especialización’, nos creemos que con ella se nos ha dado todo lo demás. Y aquí está la trampa: lo que es una necesidad se convierte en una alucinación: “Con la especialización me vinieron todos los bienes”, y todo queda simplificado desde la óptica de la pretendida especialidad: no tengo que escuchar nada más, sino todo lo contrario, aportar con total seguridad mis visiones, restringidas por mi ‘especialidad’, con la pretensión de focalizar

¹¹ **Ibidem**, pp 159-160

desde ellas el resto. Esta ‘parcial cualificación’ nos hace herméticos y la cultura deja de ser lo suyo: una culminación en la que todos estamos llamados a participar.

Pero para eso tenemos que recibirla, incorporarnos a ella, pues, si algo está claro es que apunta al conjunto (a posibilitar la convivencia), a aquello que no podemos agotar (y mucho menos la especialidad). Por lo tanto, esta manera hermética de ir por la vida no es la que vivenciará la cultura como culminación sino como rémora. Además este hermetismo es hedonista y narcisista y no podrá aportar nada a la cultura, entre otras cosas por lo que plantea el epígrafe siguiente.

[b]- El amor como valor civilizador, contrapuesto a egoísmo (25)

Y empecemos por **P. Bruckner**, que nos describe una forma que nunca puede ser civilizadora y a la que él llama, con su característico humor, ‘la izquierda enrollada’:

[Táctica de la izquierda enrollada] *Lo que gusta no es el pueblo y su diversidad, sino la radicalidad, es decir, una mitología que se quiere aplicar por fuerza a las capas populares, lo quieran o no. Cuando el pueblo traiciona esta vocación y se sale de los dos moldes canónicos (el combativo y el quejumbroso), o se permite pequeñas alegrías, la maldición cae sobre él, lo acusan de traicionar su misión histórica. “El pueblo no sabe que es desgraciado, pero se lo vamos a demostrar”, decía Lasalle. Sois esclavos que se creen libres, grita el revolucionario indignado a los que se deleitan con sus modestas fantasías. [...] A la compañía de enderezadores de entuertos le gustaría que la gente se avergonzara de sus pequeños placeres, de vivir mirándose el ombligo en lugar de comportarse como extras en una gran narración histórica. Siempre habrá intelectuales y políticos para convertir nuestros supermercados, nuestros barrios periféricos y la fealdad de la vida corriente en un crimen peor que cualquier otro. Éste es exactamente el trabajo del revisionismo (sobre todo de la extrema izquierda), que por lo general consiste en banalizar el nazismo para nazificar la banalidad capitalista y liberal.*¹²

La imposición nunca será civilizadora. Si algo me ha impresionado en mi vida laboral son los móviles que con demasiada frecuencia la política utiliza para ‘concienciar’: tomar conciencia de la propia ‘desgracia’ para que surja la revancha, el odio. En efecto, éste tiene una eficacia inmediata. Pues bien, si la imposición nunca es civilizadora, menos aún la revancha o el odio. En definitiva podemos decir que será civilizador todo aquello que posibilite y potencie la convivencia, y esto sólo puede hacerlo el amor, no el egoísmo, como recoge nuestro epígrafe.

Y aquí conviene, antes de dejar a **Bruckner**, recordar algo que ya nos dijo: que el aburrimiento nos acosa por todas partes, y la pretensión de “una sociedad donde la diversión continua saturase día y noche nuestros menores deseos sería temible”. Pero en la página siguiente extrapola su análisis y su especialidad de ‘sociólogo’ la aplica sin más a ‘la escatología’ y comenta sin más:

*Si una noche, por milagro, se cumplieran todos nuestros anhelos y deseos, ya solamente querríamos morirnos: por eso la inmortalidad que nos prometen las religiones es, sobre todo, una eternidad de embrutecimiento*¹³

No va más allá de lo que **Ortega**, en el epígrafe anterior, advertía: el peligro del ‘especialista’ que quiere “predominar fuera de su especialidad”. La ‘inmortalidad que nos prometen las religiones’ (que dicho sea de paso, posiblemente no todas oferten la misma), no parece ofertarnos una satisfacción de ‘todos nuestros anhelos y deseos’, sino que estaría basada en el

¹² **P. Bruckner**, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, pp. 121-122

¹³ **Ibidem**, p 124

‘amor’ contrapuesto al ‘egoísmo’, y eso sí proporciona ‘lazos duraderos’, hasta convertirse en ‘eternos’, y no precisamente en aburridos.

Y es que volviendo a **Ortega y Gasset**, el hombre que ha denominado ‘hermético’ (el especialista), se siente en ‘su casa’ y nada le ayuda a salir de su ‘temple caprichoso’:

No podía comportarse de otra manera este tipo de hombre nacido en un mundo demasiado bien organizado, del cual sólo percibe las ventajas y no los peligros. El contorno lo mimaba, porque es “civilización” -esto es, una casa-, y el “hijo de familia” no siente nada que le haga salir de su temple caprichoso, que incite a escuchar instancias externas superiores a él, y mucho menos que le obligue a tomar contacto con el fondo inexorable de su propio destino.¹⁴

En efecto, esa seguridad ‘caprichosa’, no sólo le impide ‘escuchar instancias superiores’, sino que mucho menos se plantea abrirse al ‘fondo inexorable de su propio destino’. La inmediatez del presente le basta, como al niño.

Pero veamos qué entiende **Ortega** por ‘inexorable destino’, algo que nos libra de un ‘egoísmo’ que, al parecer, es ‘laberíntico’:

La vida humana, por su naturaleza propia, tiene que estar puesta a algo, a una empresa gloriosa o humilde, a un destino ilustre o trivial. Se trata de una condición extraña, pero inexorable, escrita en nuestra existencia. Por un lado, vivir es algo que cada cual hace por sí y para sí. Por otro lado, si esa vida mía, que sólo a mí me importa, no es entregada por mí a algo, caminará desvencijada sin tensión y sin “forma”. Estos años asistimos al gigantesco espectáculo de innumerables vidas humanas que marchan perdidas en el laberinto de sí mismas por no tener a qué entregarse. Todos los imperativos, todas las órdenes, han quedado en suspenso. Parece que la situación debía ser ideal, pues cada vida queda en absoluta franquía para hacer lo que le venga en gana, para vacar a sí misma. Lo mismo cada pueblo. Europa ha aflojado su presión sobre el mundo. Pero el resultado ha sido contrario a lo que podía esperarse. Librada a sí misma, cada vida se queda en sí misma, vacía, sin tener qué hacer. Y como ha de llenarse de algo, se finge frívolamente a sí misma, se dedica a falsas ocupaciones, que nada íntimo, sincero impone. Hoy es una cosa; mañana, otra, opuesta a la primera. Está perdida al encontrarse sola consigo. El egoísmo es laberíntico. Se comprende. Vivir es ir disparado hacia algo, es caminar hacia una meta. La meta no es mi caminar, no es mi vida; es algo a que pongo ésta y que por lo mismo está fuera de ella, más allá. Si me resuelvo a andar sólo por dentro de mi vida, egoístamente, no avanzo, no voy a ninguna parte; doy vueltas y revueltas en un mismo lugar. Esto es el laberinto, un camino que no lleva a nada, que se pierde en sí mismo, de puro no ser más que caminar por dentro de sí.¹⁵

¿No está describiendo con la palabra ‘destino’ la condición ‘vectorial’ de la que nos hablaba Julián Marías?: “vivir es ir disparado hacia algo”. El ‘no tener a qué entregarse’, es andar perdido en el laberinto de sí mismo. No puedo andar ‘por dentro de mi vida’ (¡”egoístamente”!), porque no voy a ninguna parte. ¡Esto sí desemboca en el aburrimiento! Pero esta es la contraposición de nuestro epígrafe: sólo el **amor** es ‘civilizador’, el egoísmo nos encierra en un laberinto del que no podemos salir y termina aburriéndonos.

Pero este salir del propio laberinto es posibilitar la convivencia, la comunidad. Pues bien, esta tarea es la que ha quedado plasmada para el creyente cristiano en el sacramento de la Eucaristía. Ésta supone un implicarse en la dinámica de entrega de Jesús. Veamos cómo lo expresa **Benedicto XVI** en *Deus est caritas*:

Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la

¹⁴ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, p 154

¹⁵ *Ibidem*, p 186

*Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33)... La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega...*¹⁶

La Eucaristía, pues, es el signo que materializa nuestro epígrafe: sólo la entrega es civilizadora (crea convivencia). En efecto, veamos cómo el número siguiente de la encíclica desarrolla esta idea:

*...: la “mística” del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan”, dice san Pablo (I Cor 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí...*¹⁷

No es algo que sucede en una ‘intimidad mística’, sino algo que incide en la realidad social: “no puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o **lo serán**”. He destacado esta última frase porque es clave. Todo lo que sea una vivencia ‘cerrada’ o ‘excluyente’ de comunión no es cristiano.

Pero sigamos con el texto:

*...: fe, culto y ethos se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el agapé de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el “culto” mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa -...-, el “mandamiento” del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado.*¹⁸

No hay posibilidad de separar el culto (lo estrictamente religioso) de lo ético (lo que me compromete con la sociedad). El gran aporte del culto (de la fe vivida) es que ese amor nos es dado, es “el encuentro con el agapé de Dios.” Es decir, nuestro amor tiene un ‘antes’:

*... En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor; y de este “antes” de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.*¹⁹

Es decir, habría que decir que el amor siempre será en cierto sentido ‘respuesta’ libre; nunca el protagonismo le sentó bien (al amor), como tampoco la imposición. En este sentido, si el amor está en la raíz de todo logro cultural, no podemos soñar con que la cultura sea algo previsto, una especie de ‘utopía’ soñada que finalmente se impone. Esto nos abre al epígrafe siguiente:

¹⁶ **Deus caritas est**, nº 13

¹⁷ **Ibidem**, nº 14

¹⁸ **Ibidem**, nº 14

¹⁹ **Ibidem**, nº 17

[c]- Nunca será logro para el hombre llegar a ser ‘hormiga’ (50)

Benedicto XVI tiene un párrafo en su encíclica *Spe salvi* (Salvados por la fe), en el que alude al error de Marx, que consistió en no trazar previamente cómo podría estructurarse la nueva sociedad sin clases:

El error de Marx no consiste sólo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo... eso es consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.²⁰

Veamos la oportuna defensa que **Ortega y Gasset** hace de la 'filosofía', la cual nunca dependerá de la 'masa':

... La filosofía no necesita ni protección, ni atención, ni simpatía de la masa. Cuida su aspecto de perfecta inutilidad, y con ello se liberta de toda supeditación al hombre medio. Se sabe a sí misma, por esencia, problemática, y abraza alegre su libre destino de pájaro del Buen Dios, sin pedir a nadie que cuente con ella, ni recomendarse, ni defenderse. Si alguien, buenamente, le aprovecha para algo, se regocija por simple simpatía humana; pero no vive de ese provecho ajeno, ni lo premedita, ni lo espera.²¹

Bueno es oír en nuestro contexto cultural consideraciones de este estilo. El caer en la cuenta que podemos pensar, alivia la sensación de asfixia que provoca algo que nos invade por todos lados, algo que se impone con tanta eficacia que Lipovetsky lo ha denominado “el imperio de la moda”, moda de la que nadie es artífice, sino fiel seguidor so pena de ser aparcado.

Y sigamos con **Ortega**, cómo ve él la formación de los grandes Estados y el riesgo que él intuye, sobre todo cuando el ‘hombre-masa’ cree percibir en dicha formación su creación por excelencia:

... Por otra parte, el hombre-masa ve en el Estado un poder anónimo, y como él se siente a sí mismo anónimo -vulgo-, cree que el Estado es cosa suya. Imagínese que sobreviene en la vida pública de un país cualquiera dificultad, conflicto o problema: el hombre-masa tenderá a exigir que inmediatamente lo asuma el Estado, que se encargue directamente de resolverlo con sus gigantescos e incontrastables medios.

Este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos. Cuando la masa siente alguna desventura o, simplemente, algún fuerte apetito, es una gran tentación para ella esa permanente y segura posibilidad de conseguir todo -sin esfuerzo, lucha, duda, ni riesgo- sin más que tocar el resorte y hacer funcionar la portentosa máquina. La masa se dice: “El Estado soy yo”, lo cual es un perfecto error. El Estado es la masa sólo en el sentido en que puede decirse de dos hombres que son idénticos, porque ninguno de los dos se llama Juan. Estado contemporáneo y masa coinciden sólo en ser anónimos. Pero el caso es que el hombre-masa cree, en efecto, que él es el Estado, y tenderá cada vez más a hacerlo funcionar con cualquier pretexto, a aplastar con él toda minoría creadora que lo perturbe...²²

²⁰ **Benedicto XVI, Spe salvi**, n° 21

²¹ **José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas**, Ed. Austral, p 136

²² **Ibidem**, pp 165-166

El texto parece premonitorio. Lo que aquí prevé, lo estamos viendo cada día y en todas partes, ¡no sólo en Europa! Pero lo que nosotros vivimos como gran logro, él lo intuye como amenaza, nada menos que para la ‘civilización’: “*la estatificación de la vida*”. Con ello desaparece la ‘*espontaneidad histórica*’ (detrás de la historia ¿está la libertad o ‘*la portentosa máquina*’ del Estado?) Esa coincidencia entre masa y Estado ¿no es real en la actualidad? ¿No se creen ambos con la prepotencia suficiente para romper con lo heredado e imponer lo que en cada momento se vea (¡anónimamente!) que es lo **correcto**? Esta ‘portentosa máquina’ del Estado, ¿no está dispuesta en todo momento a ‘*aplantar toda minoría creadora que lo perturbe*’? ¿No es este ‘logro’ la alucinación de creernos que sería mejor convertirnos en ‘hormigas’?

Pero la trampa de esta alucinación la formula mejor el epígrafe siguiente:

[d]- No existe un logro cultural perfecto (51)

Recordemos lo observación de **Bruckner**, que, refiriéndose a la actitud norteamericana del *can do* (puedes hacerlo), había llevado a esta ‘*nación pionera*’ a “*la embriaguez de lo posible*”, situación que ‘*da vértigo*’, pues uno no se puede ‘*creer libre de la necesidad de elegir, es decir, libre de un marco que nos limita y condiciona nuestra libertad*’. Al elegir nos limitamos (nos determinamos, concretamos, **todo** no puede entrar), y esta imprecisión puede crear ‘*el riesgo de no emprender ningún camino*’. Es decir, no se puede creer ‘*en las bodas de la eficacia y la voluntad*’.²³

Según estas afirmaciones, que son exactas, no se puede pensar en construir una realidad tan no condicionada, porque da vértigo y puede uno no emprender ningún camino. Pero es más sugerente lo que sigue: su referencia a la imposibilidad de encontrar la ‘solución’ ideal, es decir, el contenido de nuestro epígrafe: “no existe un logro cultural perfecto”:

*Pero si bien los gobiernos pueden crear condiciones óptimas, favorecer toda clase de fines que en sí son buenos (la salud, la vivienda, la educación, la seguridad), no les está permitido dictar sentencia sobre lo que debe ser una vida feliz. Los hombres sólo se entienden sobre los males que quieren evitar; no sabrían ponerse de acuerdo, al menos en una democracia, sobre el bien supremo que cada cual define como quiere y sitúa donde le da la gana.[...] En otras palabras, hay políticas del bienestar, pero no de la felicidad. Si bien la miseria nos hace desgraciados, la prosperidad no nos garantiza en absoluto la euforia y el placer. Éste es el peligro de incluir el derecho a la felicidad en la Constitución: o bien se diluiría en una miríada de derechos subjetivos que hacen caso omiso del interés común, o bien dejaríamos que la oligarquía o el Estado decidiera sobre lo que es mejor, a riesgo de caer en el autoritarismo.*²⁴

Cita espléndida que basta para comprender el alcance del epígrafe que nos ocupa. La cosa parece que se complica cuando ponemos la **felicidad** como meta de todo: ¡*no se puede incluir el derecho a la felicidad en la Constitución*’!

Pero hay un aspecto de la cultura que no puede olvidarse, porque de no tenerlo en cuenta podemos degradar aquello sin lo que no podemos vivir. El nivel alcanzado por cualquier cultura no es transmisible automáticamente. Esto nos lleva al epígrafe siguiente:

²³ Cfr. P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, p. 110

²⁴ *Ibidem*, pp 139-140

[e]- El ‘dominio’ alcanzado por la cultura no se incorpora automáticamente (10)

Pero al hablar de la cultura no debemos olvidar, que dado su origen (una *libido* no consumida, y ligada por tanto a la libertad), no es algo que se incorpora a nuestra naturaleza, sino que ‘*está ahí*’ como nos va a decir **Ortega y Gasset**, y que hay que ‘*sostenerla*’:

- *La naturaleza está siempre ahí. Se sostiene a sí misma...*

... Pero no pasa en el mundo de la civilización, como el nuestro. La civilización no está ahí, no se sostiene a sí misma. Es artefacto y requiere un artista o artesano. Si usted quiere aprovecharse de las ventajas de la civilización, pero no se preocupa usted de sostener la civilización..., se ha fastidiado usted. En un dos por tres se queda usted sin civilización...²⁵

En efecto, nos aprovechamos de las ventajas de la civilización, pero si no la sostenemos nos quedamos sin ella. Evidentemente, esto es verdad: ¡Tantas grandes civilizaciones han desaparecido! De alguna forma tenemos que incorporarla y transmitirla.

Nada se nos da hecho, todo lo humano tiene que ver con algo ‘imprevisto’, porque está cargado de vicisitudes, y la más importante es la libertad y el acuerdo. Es el mismo problema de la paz, que nunca surgirá de un cómodo y expectante deseo. Veamos cómo lo formula **Ortega**:

- No es, pues, la voluntad de paz lo que importa últimamente en el pacifismo. Es preciso que este vocablo deje de significar una buena intención y represente un sistema de nuevos medios de trato entre los hombres. No se espere en este orden nada fértil mientras el pacifismo, de ser un gratuito y cómodo deseo, no pase a ser un difícil conjunto de nuevas técnicas.

El enorme daño que aquel pacifismo ha atraído a la causa de la paz consistió en no dejarnos ver la carencia de las técnicas más elementales, cuyo ejercicio concreto y preciso constituye eso que, con un vago nombre, llamamos paz.

La paz, por ejemplo, es el derecho como forma de trato entre los pueblos. Pues bien: el pacifismo usual daba por supuesto que ese derecho existía, que estaba ahí a disposición de los hombres, y que sólo las pasiones de éstos y sus instintos de violencia inducían a ignorarlo. Ahora bien: esto es gravemente opuesto a la verdad.²⁶

Todo lo humano es resultado de una elaboración y no puede asegurarse una vez instaurado, porque el ‘usufructuario’ de dicho ‘logro’ nunca será una ‘hormiga’, nos decía Freud.

Pero veamos a este respecto una consideración de **Benedicto XVI**, en su encíclica *Spe salvi*, a propósito de los inventos del ser humano que van creando una continuidad progresiva, en contraposición a los logros ‘de la conciencia ética’. Éstos, al estar relacionados con la libertad humana, tendrán que ir siendo elegidos (asumidos) en cada momento, decidiendo:

... ¿qué podemos esperar? ... en el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia, y en relación con los inventos cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. Sin embargo, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio. Es verdad que las nuevas generaciones pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse

²⁵ **José Ortega y Gasset**, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, p 138

²⁶ **Ibidem**, pp 240-241

del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que éste no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella. Pero esto significa que:

a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo.

b) Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada –buena– condición del mundo, se negaría la libertad del hombre, y por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas. ²⁷

En efecto, “*el tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella.*” Y esto, sencillamente, porque han sido construcciones de la libertad y ‘*no pueden tener la misma evidencia que los inventos materiales*’. Más aún, la misma ‘*necesidad*’ de las estructuras, no las convierte en algo que se impone sin más, sino que han de ser aceptadas libremente, y en este caso, ‘*comunitariamente*’, es decir, que van a necesitar para incorporarse “*unas convicciones vivas, capaces de motivar*”. No es algo, pues, mecánico. No podemos soñar con “*el reino del bien definitivamente consolidado*”. ***La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez.***

Pero esto lleva consigo responsabilidad:

Una consecuencia de lo dicho es que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación;... cada generación tiene que ofrecer también su propia aportación para establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía también para el futuro. Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan... Por otra parte, debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido, si bien es importante lo que ha seguido haciendo para la formación del hombre y la atención de los débiles y de los que sufren.²⁸

Es decir, ‘*las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan*’. Por otra parte, el papa reconoce que ‘*el cristianismo moderno*’ ha descuidado la dimensión comunitaria, de convivencia (donde se cuece la cultura, podíamos añadir nosotros) y ‘*no ha reconocido suficientemente la grandeza de su cometido*’. Es decir, viniendo a nuestro tema, ¿puede renunciar el hombre a la tarea siempre pendiente de acoger y enriquecer la cultura (la que le toque)?

²⁷ Spe salvi, nº 24

²⁸ Ibidem, nº 25

Pero todas estas consideraciones llegan al final a lo que nos planteaba el segundo epígrafe de este apartado: **el amor como valor civilizador**. Es verdad que termina remitiéndose a la única fuente de esperanza que puede dinamizar al cristiano en cuanto tal, pero reconoce que esta culminación responde a una dinámica ‘válida incluso en el ámbito intramundano’:

No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de “redención” que da un nuevo sentido a su existencia. Pero muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: “Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 8, 38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces –sólo entonces- el hombre es “redimido”, suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha “redimido”. Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana “causa primera” del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: “Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gal 2, 20)²⁹

El ser humano necesita un amor que lo ‘redima’, es decir, que le dé ‘un nuevo sentido’, y esto prescindiendo de la fe. Lo contrapuesto (el egoísmo), no redime. Pero como todo amor no puede imponérsenos, sino que uno tiene que encontrarse con él.

Pues bien, si el ‘dominio’ alcanzado por la cultura no se incorpora automáticamente [H] [e], tiene más sentido plantearse el interrogante que nos plantea el epígrafe siguiente:

[f]- ¿Iniciar una más amplia transformación de los instintos como substrato de una civilización mejor? (67)

En efecto, si como hemos visto en el epígrafe anterior, no podemos encontrar un logro cultural tal que asegure las respuestas más acertadas por parte de cualquier persona que acceda a él, a lo mejor tendría más futuro el interrogante que el propio Freud nos planteaba: “una amplia transformación de los instintos” [sublimación]. Este intento sí tocaría el verdadero fondo transformador que todo hombre lleva dentro, el único ‘substrato’ de cualquier civilización que pretenda ser tal, y no algo utópico que se impone [represión].

Pero esta ‘amplia transformación’ es algo tan general e impreciso que lo deja a uno paralizado. ¿Es que esto es posible? Más arriba, **Benedicto XVI** aludía a la necesidad de “unas convicciones vivas, capaces de motivar” a la comunidad para que se adhiera libremente el “tesoro moral” con el que se ha encontrado. Pues bien, estas ‘convicciones vivas’, que verdaderamente ‘motiven’, parece ser que van a experimentarse más como don, y en este sentido, posiblemente deban partir del único ‘valor civilizador’ que conocemos: el **amor**.

Veamos cómo describe **San Agustín** su transformación personal, que en su caso se trataba explícitamente ‘de los instintos’:

Me ordenas, ciertamente, que me defienda “contra la concupiscencia de la carne, contra la concupiscencia de los ojos y la ambición del mundo” (1 Jn 2, 16) Has prohibido toda unión carnal ilegítima, y en cuanto al matrimonio, aunque lo permites, has enseñado que existe un estado que le es superior. Y gracias a tu don, he escogido este estado ya

²⁹ **Ibidem**, nº 26

*antes de convertirme en dispensador de tu sacramento. Pero todavía viven en mi memoria, de la que tanto he hablado, las imágenes de esos placeres; mis costumbres pasadas las han grabado en ella. Ellas se presentan a mí, débiles mientras me encuentro en estado de vela; pero cuando duermo provocan en mí no solamente el placer, sino el consentimiento en el placer y hasta la ilusión del acto. Aunque irreales, ejercen tal acción sobre mi alma, sobre mi carne, que esas falsas visiones consiguen de mi sueño lo que las realidades no obtienen de mí cuando estoy despierto. ¿Soy, entonces, otro que yo mismo, Señor, Dios mío?... ¿De dónde viene que, a menudo, hasta durante el sueño, resistimos, no olvidamos nuestras firmes decisiones, seguimos lealmente fieles a ellas, y negamos nuestro asentimiento a los deleites de ese género? Y, sin embargo, la diferencia es tan grande, que, cuando esa resistencia se debilita, volvemos a encontrar, cuando despertamos, el reposo de nuestra conciencia; y la misma distancia entre esos dos estados nos hace sentir que nosotros no somos precisamente los que hemos hecho lo que, muy contra nuestra voluntad, se ha verificado en nosotros.*³⁰

La cita es sugerente: tanto la distinción entre el estado de vigilia y el del sueño, como el alcance de dicha transformación. En efecto, en la confrontación entre los dos estados (consciente-inconsciente) revela que la estabilidad debe producirse en la conciencia (la vigilia) cuando el yo es el protagonista (¿no se nos decía que el 'yo' es el que ama, no el 'instinto'?) En el sueño no puede saber si habrá resistencia o no, pero despierto recupera “*el reposo (requiem) de nuestra conciencia*”.

Por otro lado, distingue entre el matrimonio y la existencia de ‘*un estado superior*’. Dicho estado es el que experimenta como puro don, y no tiene nada que ver con ningún tipo de ‘represión’ o voluntarismo. A pesar de quedar grabadas en su memoria ‘*las imágenes de esos placeres*’ actuando en el sueño, recobra en la vigilia una resistencia que no puede salir de él. Esta constatación “*nos hace sentir que nosotros no somos precisamente los que hemos hecho lo que, muy contra nuestra voluntad, se ha verificado en nosotros*”.

Si esta transformación fue real, y la fuerza necesaria reconoce que es de Dios, en este intento de ‘transformación de los instintos’, parece ocupar de hecho un papel ‘eficaz’ (a lo menos en casos concretos) la experiencia religiosa, que será el apartado siguiente.

Y en este contexto no me resisto a citar de nuevo a **Bruckner**, que una vez más 'interpreta' la experiencia religiosa desde su ‘especialidad’. Hablando de las promesas que ofertan las religiones, que al ser ‘*trascendentes*’ no necesitan ‘*prueba*’, las contraponen a las que ofertan ‘*las ideologías laicas*’, y comenta lo siguiente:

*En otras palabras, las religiones siempre tendrán una ventaja constitutiva sobre las ideologías laicas: la inutilidad de la prueba. Las promesas que nos presentan no tienen escala humana o temporal, al contrario de nuestros ideales terrestres, obligados a plegarse a la ley de la verificación. De esta misma enfermedad murió el comunismo: del choque frontal entre las maravillas anunciadas y la ignominia adquirida. No basta con proclamar el Paraíso sobre la tierra, hay que materializarlo en forma de bienestar y atractivos, contando con el riesgo, siempre posible, de frustrar las expectativas.*³¹

Pero el problema que plantea nuestro epígrafe no es precisamente la materialidad de un ‘bienestar’ y ‘atractivos’, sino una *transformación de los instintos*, lo cual va más allá de la comprobación ‘material’, y lo que es más importante, no frustra porque el cambio se lleva a

³⁰ San Agustín, *Confesiones*, libro 10, capítulo 30

³¹ P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, p. 43

cabo en la misma persona y tiene sentido en sí, al margen de los logros concretos que a veces pueden tardar, ¡o no llegar!: no es el ‘ideal’ exterior que no se alcanza (que empuja a la ‘**represión**’), lo cual nos defrauda y amarga, sino que *el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual (sublimación)* (cf. **[F] [b]: Tema cinco**), encauzando todas nuestras energías en lo que pretendemos y que expresamos con la frase: ‘esto me merece la pena’. No olvidemos que todo lo que se puede consumir “está llamado a extinguirse en la satisfacción”.

Y es que posiblemente tenemos que admitir la intuición de **Ortega y Gasset**:

- ... *La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a ultima ratio.*³²

La *última ratio* no es precisamente una ‘fuerza’ mayor (eso es lo que cree poder conseguir la represión), sino una alternativa a la fuerza, cosa que parece ser puede conseguirse a través de la transformación de la energía más dinamizadora que posee el ser humano (su *libido*) que puede encauzarse por caminos que no apuntan precisamente a la satisfacción sino a ‘fines diferentes’. Este ‘fin diferente’ ¿no podría ser lo que Ortega denomina “*ultima ratio*”?

Y aquí nos topamos con lo inmanipulable: ¿qué es lo que posibilita este cambio sorprendente? El hecho de la civilización está ahí, se ha producido; como también está su posible destrucción (¡han caído grandes civilizaciones!). Ortega acaba de aludir a una *última ratio*. Lo curioso es que para él es una alternativa a la mera fuerza (¿impulso?) y, por otro lado, no termina en consumo (satisfacción) que supondría su extinción. No olvidemos que Freud advierte que en el proceso de la sublimación, *lo más importante es el apartamiento de lo sexual*. Por otro lado esto es posible sólo en el ‘instinto sexual’ humano, gracias a su ‘plasticidad’. Pero, ¿qué hay detrás de esta plasticidad?

C. Interpelaciones personales.

En efecto, la pregunta con la que terminábamos el apartado anterior no es ociosa, pues nuestra sexualidad parece ser capaz de lo mejor y de lo peor en el ser humano gracias a dicha ‘plasticidad’. Pero los logros positivos de dicha plasticidad (¡la **cultura!**) hemos visto que no pueden ‘heredarse’ y darlos por supuesto sino que hay que ‘mantenerlos’.

Es desde esta perspectiva desde la que podemos interpelarnos: ¿qué hago yo al respecto? Quizá un detalle significativo es si vivo de forma ‘agradecida’ y responsable lo que me he encontrado o exijo lo que tendría que mantener. ¿Edificio o destruyo?, que sería lo mismo que preguntarme si meramente consumo, o algo “me merece la pena” (¡el **esfuerzo!**, ¡**Ultima ratio!**), me llena, porque ni reprimo ni me dejo llevar de la inercia (aburrimento), sino que transformo unos ‘instintos’ (**sublimación**) para que no se extingan en la satisfacción.

³² José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, p 127